

inmediaciones, y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegría de nuestras comidas indianas, con estas dulces y pectorales producciones de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desembocadura de algún río, de los que en esta isla sólo merecen el nombre de grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales que juntábamos á los que el mar nos suministraba en abundancia; en cuyas riberas pescábamos barbos, salmonetes, pulpos, langostas, esquines, cangrejos, ostras y mariscos de toda especie. Muchas veces los sitios más terribles por su naturaleza, nos proporcionaban los placeres más tranquilos. Sentados por lo común sobre un peñasco, á la sombra de un sauce, veíamos venir desde muy lejos las olas del mar á estrellarse á nuestros pies con horrible estrépito. Por otra parte Pablo, que nadaba

como un pez, se internaba á veces en la playa saliendo al encuentro á las olas; y cuando éstas se acercaban, huía hacia nosotros, delante de sus grandes volutas ó roleos espumosos y bramantes, que le perseguían gran trecho tierra adentro. Pero Virginia, toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decía que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

Á nuestras comidas sucedían los cánticos y danzas de los dos jóvenes. Virginia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros, á quienes incita la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. Á veces ejecutaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer lenguaje del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan natural y expresiva, que los hijos de los

blancos suelen aprenderla, á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leídas por su madre que más impresión le habían hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacío en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademán de ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madián, se oponían á su paso, y asiéndola del brazo, aparentaban que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenía á los pastores, llenaba el cántaro de Virginia, y poniéndosele en la cabeza, ceñía su frente con una corona de pervinca ó hierba doncella, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entonces prestándome yo á sus juegos, me encargaba de hacer el perso-

naje de Raquel, y concedía á Pablo mi hija Séfora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Rut, cuando volvió viuda y pobre á su país, donde después de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y María representaban los segadores: Virginia figuraba que iba recogiendo detrás de ellos las espigas dejadas aquí y allí; y Pablo, imitando la gravedad de un patriarca, le hacía varias preguntas, á que ella respondía como temblando de miedo. Movido al fin de compasión concedía asilo á la inocencia y hospitalidad al infortunio: llenaba el delantal de Virginia de toda suerte de provisiones, y la conducía á nuestra presencia, como ante los ancianos del pueblo, declarando que la elegía por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de La Tour, representándosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez, y el

buen recibimiento que había tenido de Margarita, acompañado á la sazón de la esperanza de un dichoso himeneo entre sus hijos, no podía dejar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes, nos hacía derramar á todos lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaban estos dramas con tanta propiedad, que yo me creía transportado á los campos de la Siria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoración, iluminación y orquesta conveniente á semejante espectáculo; pues el lugar de la escena era, por lo común, en el centro de un bosquecito, cuyas entradas formaban alrededor de nosotros muchas galerías de frondosidad y de follaje, donde pasábamos la mayor parte del día resguardados del calor. Mas cuando el sol se aproximaba al horizonte, sus rayos refractados en los troncos de los árboles se hacían divergentes entre las sombras de la

floresta, en largos manojitos luminosos que producían el efecto más apacible y majestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al extremo de una calle, la hacía parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos azafranados, brillaban á manera del topacio y la esmeralda; y sus pardos y mohosos troncos parecían como convertidos en columnas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio debajo de la frondosa hoja para pasar allí la noche, sorprendidas de volver á ver una segunda aurora, saludaban á la par al astro del día con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendía muy á menudo en estas fiestas campestres; pero la pureza del aire y lo templando del clima nos permitía dormir en medio del campo, debajo de un árbol, sin el menor recelo de ladrones, ni allí, ni en nuestras casas, adonde volviendo cada uno el día

siguiente, las hallaban como las habían dejado. Tal era en aquel tiempo la buena fe que reinaba en esta isla sin comercio, que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave, y una corradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año había días para Pablo y Virginia del mayor regocijo, que eran los del cumpleaños de sus madres. Virginia no dejaba de amasar y cocer la víspera tortas de flor de harina para las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamás pan europeo, destituídos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca en medio de las selvas, no tenían para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educación. Estas tortas eran el único regalo que la situación de su familia la permitía hacer á

Virginia, pero las repartía con tal agrado, que les añadía un precio y condimento extraordinario. Pablo era el que se encargaba de llevárselas á sus mismas habitaciones; y las pobres familias reconocidas, prometían, al tiempo de recibirlas, ir á pasar todo el día siguiente en casa de madama de La Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apenas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto los colocaba cómodamente, y les servía ciertos refrescos, cuya bondad realizaba ella por alguna circunstancia particular, que en su concepto, acrecentaba su valor, diciéndoles: « Este licor lo ha hecho » Margarita: este otro mi madre: mi » hermano ha cogido por su misma » mano esta fruta en la cima de un » árbol. » Y otras cosas á este modo.

Después incitaba á Pablo á que les hiciera bailar, y no se apartaba de su

lado mientras no los veía satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decía: « No es posible hacer » la felicidad propia, sin ocuparse en la » de los demás. » Y así, cuando se habían de volver á sus habitaciones, les ofrecía aquel mueble ó muebles á que los había visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas, con el pretexto de su singularidad ó extrañeza. Si los veía muy andrajosos, escogía algunas de sus ropas viejas, y mandaba á Pablo que fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De esto modo hacía el bien, á ejemplo de la divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podéis concebir que la naturaleza sea capaz de

proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espíritu ceñido á una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales; pero la naturaleza y el corazón son inagotables. Pablo y Virginia no tenían relojes, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los períodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza; conocían las horas del día por la sombra de los árboles; las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces imágenes hacían muy delicioso su modo de expresarse: « Ya es » hora de comer, decía Virginia á los » suyos, pues á los bananos les da la » sombra á los pies: se acerca la noche » porque los tamarindes cierran sus » hojas. ¿Cuándo vendrás á vernos? le » preguntaban algunas amigas de las » inmediaciones. Para las cañas del » azúcar, respondía Virginia. Tu visita,

» contestaban las muchachas, será para
 » nosotras tanto más gustosa y apre-
 » ciable. »

Cuando la preguntaban su edad y la de Pablo, respondía : « Mi hermano » tiene los mismos años que el cocotero » alto, y yo que el más bajo : los man- » gles han dado doce veces su fruto, » y los naranjos veinte y cuatro veces » la flor, desde que estoy en este » mundo. » De suerte, que su vida parecía que estaba identificada con la de los árboles, como la de las Driadas y Faunos. No conocían más épocas históricas que las de las vidas de sus madres, otra cronología que la de sus verjeles, ni más filosofía que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero, de buena fe ¿qué necesidad tenían estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumen-

taban en cierto modo su felicidad; y no había día para ellos en que no se prestaban uno á otro oficios de la más tierna amistad. Ellos crecían en edad y experiencia, siguiendo fielmente las leyes de la naturaleza y de la religión, sin que ningún cuidado arrugara su frente, ninguna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasión funesta depravara su corazón. El candor, la inocencia, la piedad y el amor desplegaban de día en día la belleza de sus almas en gracias inefables, expresadas en todas sus actitudes y movientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó Virginia á experimentar sucesivamente una especie de melancolía. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamorfosis ó transformación extraña, que causa tantos bienes ó tantos males, según el impulso y dirección de las circunstancias. Virginia era víctima de sí misma,

sin conocerlo; y en aquèl estado, ni sabía á qué atribuir la inquietud interior que experimentaba, ni sentía aquella alegría que desde la niñez la había acom-



pañado. Sus ojos se marchitaron insensiblemente, la palidez fué cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento universal acabaron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del mal de su hija, pero, como prudente y experimentada, la decía: « Dirígete á » Dios, hija mía, que es quien dispone » á su arbitrio de la salud y de la vida » de los mortales, y quiere experimentar » hoy tu constancia para premiarte » mañana: acuérdate de que no hemos » venido á este mundo, sino para ejer- » citar la virtud. »

En este intermedio los excesivos calores que de tiempo en tiempo desolan las tierras situadas entre los trópicos, vinieron á ejercer aquí sus estragos. Cuando el sol toca al signo de capricornio á fines de Diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia, la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor extraordinario. Los vapores del Océano, elevados por la intensión de los rayos solares, cubrieron un día toda la isla como un vasto

parasol, de resultas de haber calmado el viento sudeste, que es el que reinando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedían de sí globos de fuego; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto comenzaron á caer torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos bajaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle, una isleta de esta explanada donde están las cabañas, y de este valle una esclusa por donde salían mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas, los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de madama de La Tour, cuyo techo crujía horrible-

mente con la violencia de los aires; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que entraban por las rendijas, que sin embargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguía con el resplandor cuanto había dentro de ella. Pablo, intrépido como él mismo, andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar del furor de la tempestad, apuntalando aquí una viga, y fijando allí una estaca; y si alguna vez entraba en la de madama de La Tour, sólo era con el fin de consolar á la familia, con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto, á la tarde-cita cesó la lluvia, y tomó su curso ordinario el ligero viento del sudeste; los nubarrones tempestuosos corrieron hacia el nordeste, y apareció en el horizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virginia fué ir á ver el lugar de su recreo. Pablo se acercó á ella con cierto aire de timidez,

y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El aire ya era fresco y sonoro, y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes, que sensiblemente iban menguando, se elevaban blancos vapores, anuncios de la serenidad. Todo el jardín estaba trastornado, desarraigados la mayor parte de los árboles, y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos, sin que hubiesen quedado en sus alrededores, ni céspedes, ni emparrados, ni pájaros: á excepción de algunos bengalíes que en las extremidades de las vecinas peñas lloraban la pérdida de sus hijitos con acento lamentable.

Á vista de tanta desolación, dijo Virginia á Pablo: « Ya ves cómo el » huracan ha quitado la vida á los pajaritos que tú trajiste á este sitio, y » cómo ha destruído el jardín hecho por » tu mano. En esta vida no hay cosa

» que no sea perecedera, y sólo son » inmutables las del cielo. »

« ¡ Que no tuviera yo para podértela » ofrecer, le contestó Pablo, alguna » cosa del cielo! pero es tanta mi » breza, que ni siquiera poseo la menor » prenda de valor sobre la tierra. »

« Bien lo sé, replicó ella, medio » rosada, pero tú tienes la efigie de San » Pablo. » No bien oyó aquello Pablo, cuando se echó á correr en busca del retrato que tenía en casa de su madre.

El retrato era una especie de miniatura que representaba á San Pablo, primer ermitaño, á quien Margarita profesaba particular devoción; y después de haberle llevado muchos años al cuello, siendo soltera, se lo puso al hijo luego que fué madre. Sucedió también que estando ella en cinta de Pablo y viéndose desamparada de todos (á fuerza de contemplar en la imagen del santo anacoreta), se le parecía en alguna manera su hijo

Pablo : cuya circunstancia la había decidido á ponerle su nombre, y darle por patrono un santo que pasó su vida apartado del mundo y lejos de los hombres, los cuales después de haberle seducido, pérfidamente le abandonaron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello mientras viviera, ni olvidar que Pablo le había dado la única prenda que poseía sobre la tierra.



CAPÍTULO III.

En este intermedio instaba Margarita á madama de La Tour á que trataran de casar á sus hijos, en atención á la pasión con que se miraban, y á la edad que ya tenían proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero madama de La Tour la respondió :

« Todavía son demasiado jóvenes y pobres
 » para eso. ¡ Qué sentimiento no ten-
 » dríamos en ver á Virginia cargada de
 » hijos, que tal vez no podría criar por
 » falta de fuerzas ! Vuestro negro
 » Domingo ya está bastante cascado, y
 » María enferma : por otra parte, amiga
 » mía, yo me siento muy débil y dete-
 » riorada, al cabo de quince años que
 » vivo en un clima ardiente como éste,